

Representaba bien todos los papeles; sabía tan bien mostrarse reina llena de dignidad y majestad como, cuando era necesario, manifestarse asimismo como enamorada o piadosa, como católica o protestante. Así, para engañar al mundo acerca de sus verdaderos designios, se fingía a veces también de intento, ligera e inconstante, que hoy, verbigracia, hacía decir a su pretendiente, el archiduque Carlos de Austria, que se paraba muchas veces admirada delante de su retrato y no podía apartarse de su vista (1), y otra vez aseguraba llena de fervor, «que no quería despreciar la gracia que el Señor le había concedido, es a saber, que era su alegría vivir y morir virgen» (2).

Isabel, cuanto a su propia persona, se movía poco por ideas religiosas (3); en la dirección de los negocios de gobierno, era enteramente su dios el feliz éxito y Maquiavelo su evangelio. Pero precisamente el respeto a su provecho la determinó a fundar su política totalmente en la oposición que en el norte dividía en todas partes los pueblos en dos campamentos hostiles desde la escisión religiosa. Es de saber, que después del casamiento de la reina de Escocia María Estuardo con el heredero del trono de Francia, parecía como si los dos reinos vecinos de Inglaterra se hubiesen de unir bajo un mismo cetro. Pero las fuerzas militares británicas no bastaban para hacer frente a un Estado aliado francoescocés; el reino que hoy cuenta treinta y dos millones de habitantes, no

(1) Tiepolo en 15 de diciembre de 1559, en Brosch en las Comunicaciones del Instituto de investigación sobre la historia de Austria, X (1889), 128.

(2) De la Quadra en 3 de junio de 1560, en Kervyn de Lettenhove, II, 439.

(3) «Nunca ha habido mujer, que como ella haya estado enteramente despojada de todo sentimiento religioso» (Rich. Green, *A short history of the English people*, London, 1886, 368, en Brosch, VI, 590). «Difícilmente pasó nunca por su alma algo que supiese a fervor religioso» (Meyer, 12). «No se podría decir, que ella hubiese pertenecido a una de las confesiones existentes» (Ranke, *Historia de Inglaterra*, I, 298). «Precisamente como lo exigían las circunstancias, sabía esta reina hacer el papel con igual maestría, de católica o protestante—una acabada actriz política... Sería ciertamente difícil indicar, dónde está la religión en esta actriz» (Brosch, VI, 589). Según Juan Knox, Isabel no era «ni buena protestante, ni decidida papista» (*History of the Reformation in Scotland*, ed. D. Laing, Edinburgh, 1846, II, 174; cf. Fleming, 285). A Lethington dijo Isabel en 1560 sobre el sacramento del altar, que formaba en Inglaterra el centro de las candentes controversias de las diversas confesiones: «Los unos piensan acerca de esto de una manera, los otros de otra; cuya opinión es la mejor, Dios lo sabe; entre tanto quédese contento cada uno con su opinión». Pollen en *The Month*, 1904, II, 501.

sumaba entonces sino tres o a lo sumo cinco millones, pero las condiciones de las fortalezas y del ejército eran tales que excitaban la burla de los entendidos en la materia (1).

Estaba lejos Isabel de juntarse con su cuñado don Felipe en estos reales o posibles peligros de la situación política, y entrar así por las sendas de una política católica. El ejemplo y la desgracia de su hermana mayor, así como la debilidad de España, eran para ella un aviso. La reina de Inglaterra tuvo por útil manifestarse como princesa protestante y en todos los países extranjeros trabar amistad con los súbditos protestantes contra sus legítimos príncipes. Atizó en Escocia el odio de los protestantes contra María Estuardo, apoyó en Francia a los hugonotes contra la dinastía de los Valois, fomentó en los Países Bajos el descontento de los llamados posteriormente Mendigos contra Felipe II, y de esta manera paralizó a todos los que hubiesen podido serle peligrosos. Ya a los comienzos de su reinado, declarábase en una memoria de su principal consejero Guillermo Cecil, que se había de promover la división religiosa en los países extranjeros, y avivar especialmente la esperanza de los que propendían a la «buena religión» (2). Ya en 1560 escribía el embajador español, que Isabel estaba resuelta a poner fuego en toda la cristiandad para tener quietud en su propia casa; que si salían bien las maquinaciones inglesas, la reina arruinaría todas las provincias vecinas por medio de la nueva religión, y nadie tendría ya seguridad en su propio hogar (3). Dada toda la dirección de esta política, había de quedar manifiesto naturalmente, que eran ilusiones todas las esperanzas de que volviese Isabel a la Iglesia católica.

Fué de incalculable importancia para Isabel el no haber querido tampoco el rey de España, Felipe II, abandonar estas espe-

(1) El juicio de Granvela sobre esto lo participa Chaloner a Cecil en 6 de diciembre de 1559, en Kervyn de Lettenhove, II, 119.

(2) Especially to augment the hope of them who incline to good religion. A device for the alteration of religion, en Burnet, *Hist. of the Reform.*, ed. Pocock, V, 497; cf. Stevenson en *The Month*, 1893, II, 26.

(3) Ha determinado lo que agora vemos, que es solamente poner fuego en la Christiandad... para bivar ella descansada y ociosa. De la Quadra a Margarita de Parma, en 5 de enero de 1560, en Kervyn de Lettenhove, II, 169. Vuestra Alteza tenga por cierto que, si esta maldad de aquí pasa adelante, destruirá por esta vía desta nueva religion todas las provincias convecinas. De la Quadra a Margarita de Parma, en 21 de enero de 1560, *ibid.*, 194-195.

ranzas. La reina por sus embajadores en España había hecho esparcir la idea de que en su corazón era todavía católica (1); don Felipe, que tenía conciencia de haber, mediante su intercesión con la reina María, procurado a la joven Isabel su liberación de la Torre de Londres, y salvádole así la vida y la corona (2), tanto menos podía desconfiar de las aseveraciones de la misma, cuanto entraba enteramente en la dirección general de su política mantener la alianza con la reina de Inglaterra. Pues si caía el trono de Isabel, o si se la consideraba como ilegítima, la próxima heredera de la corona inglesa era María Estuardo, la cual, luego al punto después de la muerte de María la Católica, había tomado las armas y el título de reina de Inglaterra. Felipe II temía ahora seriamente que los franceses lograsen conquistar a Inglaterra (3); mas si el más peligroso rival del Habsburgo conseguía reunir en su cabeza con la corona de Francia, también las de Escocia e Inglaterra, parecía inevitable la ruina de España. En este sentido escribía Margarita de Parma el 8 de diciembre de 1559, que tolerar a los franceses en Inglaterra era tan peligroso, como abrirles las puertas de Bruselas; que si los franceses se hacían dueños de Inglaterra, Flandes sería separada de España (4). También Granvela pensaba que se debía defender a Londres no menos que a Bruselas (5). Fuera de esto, Felipe II quería entonces sobre todo una política pacífica, para dar a sus extenuados países el descanso largo tiempo anhelado. Además estaba mal armado y España tan cargada de deudas (6), que en 1557 y de nuevo en 1575, se hubo de declarar el Estado en quiebra (7).

(1) Yo se que esto que me ha respondido tanto en lo de su casamiento como en lo de la religion, es la suma de lo que tantos dias ha dieron por instruction a sus embaxadores para que lo dixesen siendo preguntados en España. De la Quadra a Granvela en 3 de junio de 1560, en Kervyn de Lettenhove, II, 441.

(2) Granvela a d'Assonleville en 22 de abril de 1563, en Kervyn de Lettenhove, III, 345. Al embajador español dijo Isabel misma en 1564, que debía a Felipe II la vida y el trono. Guzmán de Silva a Felipe II, en 10 de julio de 1564, Colección de docum. inéd., XXVI, 512.

(3) Pollen en *The Month*, XCVI (1900), 399.

(4) Gachard, *Correspondance de Marguerite de Parme*, I, 73. Kervyn de Lettenhove, II, 111. Cf. Kretzschmar, *Proyectos de invasión*, 2 s.

(5) Kervyn de Lettenhove, II, XXI.

(6) Kervyn de Lettenhove, II, xxxv.

(7) V. Susta en las Comunicaciones del Instituto de investigación sobre la historia de Austria, XXX, 545.

Isabel tenía, por tanto, poco que temer de don Felipe; al contrario, el rey de España prestóle hasta importantes servicios. Lo que Isabel hizo anunciar a don Felipe acerca de los católicos sentimientos de su corazón, el rey lo participó más adelante a Roma (1), y precisamente Felipe II fué quien detuvo al Papa para que no tomara disposiciones rigurosas contra Isabel. En este conato coincidió con Eduardo Carne y Francisco Englefield, los cuales procuraban persuadir al Papa de que la causa de la mudanza de religión en Inglaterra estaba menos en la reina que en sus consejeros, que la extraviaban (2).

Bajo la influencia de los que así le aconsejaban y conforme a su opinión, dirigió Pío IV, el 5 de mayo de 1560, una carta a Isabel, redactada en tono suave, la cual había de llevarle Vicente Parpaglia, abad de San Solutor (3). Decíase en ella, que el Papa deseaba sinceramente la salud y la honra de la reina y el afianzamiento de su soberanía. Que por eso Isabel no diese oídos a los malos consejeros, que sólo buscaban su propio provecho, sino aceptase los paternales consejos del Papa. Que de él debía prometerse todo aquello con que podía él, en virtud de su cargo, contribuir a la salvación de su alma de ella y al aseguramiento de su posición de reina. Una indicación del concilio, que, como se esperaba, se reuniría presto, y una recomendación de su nuncio ponen fin a la carta (4). Con la misma fecha se dirigió Pío IV a Felipe II y al rey de romanos, con la petición de que quisiesen

(1) Felipe II representó al Papa, que siempre se tenía esperanza que ella, como muger de ingenio y sabia, se reduzeria y procuraria de reducir los suyos a la religion universal y catolica, lo qual Su Magestad habia mandado decir y exponer al Papa para obviar a lo que ella sabe, que Franceses un tiempo procuraban contra ella (la excomunió). De la Quadra a Granvela en 3 de junio de 1560, en Kervyn de Lettenhove, II, 440.

(2) *Donnans la coulpe du changement et mutation d'icelle [de la religión] plus tost à aucuns ministres estans à présent en crédit vers ladicte Royne que à icelle Dame mesmes.* De la Quadra y Glajón a Margarita de Parma en 28 de junio de 1560, en Kervyn de Lettenhove, II, 482 s. El embajador inglés en Francia, Throckmorton, escribe en 30 de junio de 1560, a Isabel, que el envío de Parpaglia fué motivado por algunos personajes principales de Inglaterra, que persuadieron al Papa de que la mayor parte de los ingleses estaban contra la religión existente. Stevenson, *Calendar, Foreign, 1560-1561*, n. 254, p. 156.

(3) La abadía de los Santos Solutor, Adventor y Octavio de Sangano en Turín estaba suprimida probablemente desde 1536. Döllinger, *Documentos*, II, 238. Maitland en la *English Hist. Rev.*, XV (1900), 760.

(4) Raynald, 1560, n. 42.

apoyar sus pasos cerca de la reina (1). El 25 de mayo salió Parpaglia de Roma (2), y el 17 de junio se hallaba en Lovaina (3).

Para Isabel fué muy molesta la misión de Parpaglia. Ya hacía mucho tiempo que los franceses habían instado en Roma, a que el Papa se declarase en favor de María Estuardo como reina legítima de Inglaterra. Paulo IV no había accedido a ello (4), y la carta de Pío IV de 5 de mayo de 1560 era enteramente a propósito para desvanecer ulteriores recelos. Pero si Isabel no hacía caso de las amonestaciones del Papa y obligaba a los católicos a apostatar, no quedaba excluido el que en Roma se echase todavía mano de las disposiciones extremas; Pío IV había ya hecho indicaciones en este respecto (5). Una excomunión empero, podía tener las más peligrosas consecuencias para Isabel. Aunque era ya poco de temer, dado el cambio de las circunstancias, la pérdida del trono, que según los conceptos jurídicos medievales era un efecto de la sentencia pontificia, con todo por la excomunión se rompían o perturbaban las relaciones amistosas con los príncipes católicos, y como Inglaterra todavía era católica en su mayor parte, podían también sobrevenir revueltas interiores.

Poco después de haberse conocido la noticia de la misión de un nuncio a Inglaterra, tuvo Isabel una conversación con el embajador español (6), en la que aseveró que era tan católica como el mismo embajador, e invocó a Dios por testigo de que creía

(1) Raynald, 1560, 43, n. 45. Una carta al embajador español en Londres, de 10 de marzo, *ibid.*, n. 44.

(2) Steinherz, I, 34. Noticias inocuas, 1723, 15.

(3) Kervyn de Lettenhove, II, 470. El viaje fué por Espira, Colonia y Lovaina a Bruselas (*ibid.*, 472). Sobre la misión de Parpaglia cf. *The North British Review*, LII (1870); G. Constant en las *Mélanges d'histoire offerts à M. Charles Bémont*, Paris, 1913, 509-520; C. G. Bayne, *Anglo-Roman relat.*, 1558 a 1565, London, 1913.

(4) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 346 s.

(5) Pollen, *Papal negotiations*, 46. Cf. Meyer, 36. Jacobo Soranzo pretende haber oído decir en Viena, que si Isabel no obedecía, Francia y España prohibirían todo comercio con Inglaterra (Turba, III, 148). Juan Sheres escribe a Cecil en 18 de mayo de 1560, desde Venecia, que Parpaglia tenía poderes para excomulgar a Isabel y declararla rebelde, si resistía a sus demandas. Stevenson, *Calendar, Foreign*, 1560-1561, n. 108, p. 63.

(6) De la Quadra a Granvela en 3 de junio de 1580, en Kervyn de Lettenhove, II, 440 s.

lo mismo que todos los católicos de su reino (1). A la pregunta que le dirigió de la Quadra, que por qué pues obraba contra su conciencia, e inducía a sus vasallos a apostatar de la verdadera religión, dió por respuesta, que por algún tiempo se veía obligada a proceder así; que si el embajador conociese las circunstancias, la tendría ciertamente por disculpada (2). De la Quadra hizo como si diera fe a estas aseveraciones, y procuró mantener lo más posible a la reina en sus afirmaciones, para poder más tarde señalar su contradicción, si hablase de otra suerte. Al fin la impelió con efecto a asegurar, que vería con gusto al nuncio, y que no dependía de ella el que no se restableciese la unidad de la Iglesia (3).

La espinosa incumbencia de mantener a Parpaglia lejos de Inglaterra, sin irritar no obstante de nuevo contra sí al Papa, fué ahorrada a Isabel; descargóla de ella Felipe II. Pues para desgracia de Parpaglia, en la corte de España se creía saber con precisión que su envío había sido procurado por intrigas francesas, y representaba una jugada de la política francesa (4). Ya por esto había de estar preparado a que le sobreviniesen dificultades de parte de España. Fuera de esto, parecía cierto de antemano a Felipe II, que Isabel no recibiría al nuncio; pero, como se pensaba en España, a una expresa recusación de un enviado pontificio había de responder el Papa con la excomunión y la deposición, y el rey católico con la ejecución de la sentencia; de lo contrario los católicos ingleses perderían el ánimo, y el rey de España todo crédito y autoridad con los mismos. Mas cabalmente ahora, después de haberse apenas ajustado la paz, una expedición militar contra Inglaterra era casi imposible (5). Y

(1) que ella era tan católica como yo y que hazia a Dios testigo de que lo que ella creía no era diferente de lo que todos los católicos de su reyno creyan. *Ibid.*, 440.

(2) que era forzada ad tempus y que, si yo supiese lo que a esto la habia forzado, que sabia que la tendria por escusada. Kervyn de Lettenhove, 441.

(3) Hizele decir que holgaría de que viniese el nuncio que se decía que Su Santidad enviava y que por ella no quedaria que la Iglesia no se uniese siempre que los otros principes quisiesen. *Ibid.*, 441.

(4) Margarita de Parma a de la Quadra en 24 de julio de 1560, en Kervyn de Lettenhove, II, 513: *Comme avez pu veoir par les piéces qui vous ont esté envoyées, il est certain que les François sont l'une de principales causes de l'envoy dudit abbé.*

(5) Kervyn de Lettenhove, II, 513.

como había sido mal escogido el tiempo para el envío de un nuncio, así también la persona del nuncio. Parpaglia era considerado como afecto a Francia (1), y ya un año y medio antes, don Felipe le había hecho expulsar de Flandes so pena de muerte, como espía francés (2). Era malquisto de Isabel, porque había estado en próximas relaciones con el cardenal Pole, a ella odioso (3).

A la noticia de que Parpaglia iba a Inglaterra, ordenó al punto don Felipe presentar objeciones en Roma contra ello (4). Pero a Margarita de Parma le dió el encargo de retener a Parpaglia en Bruselas hasta que Vargas, embajador español en Roma, hubiera hecho representaciones al Papa (5). El 10 de julio recibió Parpaglia una carta de Carlos Borromeo y otra de Vargas (6). El Papa le mandaba quedarse en Bruselas, si todavía no había emprendido el viaje a Inglaterra. Para el caso de que ya hubiese llegado allá, debía dirigirse en todo por de la Quadra y no salir de Inglaterra hasta nueva orden.

Frustróse con esto la misión de Parpaglia; ya no se trató sino de hallar un pretexto oportuno para poderle hacer volver honrosamente. No se debía decir en público que se le llamaba a Roma en atención a España, pues esto hubiese ofendido a los franceses, que habían recomendado la misión de Parpaglia (7). Según la carta de Vargas a Parpaglia, hubiera sido ahora muy del agrado del Papa, que Isabel hubiese negado al nuncio el pasaporte para Inglaterra; y se dijo que hasta deseó que de la Quadra influyese en este sentido sobre la reina. Pero si se hubiera dado semejante razón de la llamada de Parpaglia, como hacía valer la duquesa de Parma, esto

(1) Dicen es Francés por la vida. De la Quadra a Granvela en 3 de junio de 1560, en Kervyn de Lettenhove, II, 441. Es más Francés que Piamontés. Vargas a Felipe II en 6 de mayo de 1560, en G. Constant en las *Mél. d'hist. offerts à M. Ch. Bémont*, 516.

(2) Tiepolo al dux en 25 de junio de 1560, en Brown-Bentinck, VII, n. 176. Margarita de Parma, en Kervyn de Lettenhove, II, 513.

(3) Margarita de Parma a de la Quadra en 11 de julio de 1560, loc. cit., 502; cf. 441.

(4) Brown-Bentinck, loc. cit.; Felipe II a Vargas en 1.º de junio de 1560, en G. Constant, loc. cit., 516-518; Gachard, *Corresp. de Marguerite d'Autriche*, I, 206. Cf. Bekker, Isabel y Leicester, 4 s.

(5) Gachard, loc. cit., 204. Margarita de Parma a de la Quadra en 11 de julio de 1560, en Kervyn de Lettenhove, II, 502.

(6) *Ibid.*, 503.

(7) *Ibid.*

hubiese dado alas a los franceses de Roma para hacer nuevas instancias contra Isabel, y por otra parte, no se podía en Roma sufrir tranquilamente la ofensa que había en la negación del pasaporte, sin empujar a los católicos ingleses a la desesperación. Margarita aconsejó, por tanto, que el embajador español escribiese a Parpaglia que, consideradas más en particular las circunstancias, se había puesto de manifiesto que la concesión de un pasaporte tropezaría con dificultades. Que por tanto quisiese más Parpaglia no solicitar el pasaporte, y aplazar el desempeño de su encargo hasta el ajustamiento de la paz y hasta la apertura del concilio (1).

El 25 de julio, de la Quadra escribió la carta solicitada (2). Con la misma fecha participó a la duquesa de Parma (3), que no era en verdad imposible obtener el pasaporte pedido, y que la reina sólo quería ver antes los despachos de Parpaglia. Que si en las cartas pontificias no se le daban todos sus títulos, se negaría a aceptarlas. Con esto se indicaba, naturalmente, que en ningún caso recibiría al nuncio, pues no se la podía llamar en Roma «Defensora de la fe» (*Defensor fidei*). La reina añadió que la misión de un nuncio era superflua, pues estaba ella tan firme en su fe que antes moriría que la mudaría; que cuidase de la Quadra que Parpaglia no viniese, pues no quería ella desagradar al Papa. Luego se acordó que antes había dicho a de la Quadra, que tenía la misma fe que él; comenzó a disputar y declaró al fin que en todos los puntos sustanciales apenas había diferencia entre ella y el embajador (4).

También el nuncio de Francia escribió a Parpaglia que no continuase su viaje (5). Por octubre Parpaglia regresó a Italia (6).

Por sus pasos contra Parpaglia, Felipe II fué duramente cen-

(1) Margarita, loc. cit.

(2) Kervyn de Lettenhove, II, 516 s.

(3) *Ibid.*, 515 s. Las cartas a Parpaglia, Margarita de Parma y Vargas, fueron también presentadas en Roma. De la Quadra a Felipe II, en 25 de julio de 1560, *Corresp. de Felipe II*, tomo I, 302.

(4) Se puso en disputas y en quererme provar que en lo substancial no diferiamos casi en nada. Kervyn de Lettenhove, II, 516; *Corresp. de Felipe II*, tomo I, 302 s. Cf. Guzmán de Silva en 26 de abril de 1565, *Colección de docum. inéd.*, XXVI, 539.

(5) De la Quadra a Parpaglia en 29 de julio de 1560, *Colección de docum. inéd.*, XXVI, 518.

(6) Stevenson, *Calendar, Foreign*, 1560-1561, n. 815, 7. Se detuvo ocho días en Orleáns, desde donde se puso en camino para Roma el 20 de noviembre. *Ibid.*, n. 737, 10.

surado por los católicos; los de Inglaterra se quejaban de que su política tenía la culpa de que la herejía echara raíces en el país (1). Cuando el legado pontificio de Escocia, Nicolás de Pellevé, obispo de Amiéns, tocó en Londres a su vuelta, expresó al embajador español su opinión de que estaba enteramente en su lugar el envío de un nuncio a Inglaterra. Las mismas quejas contra don Felipe dejaron oír los enviados franceses a Escocia: Montluc, obispo de Valence, y Randán. Pellevé halló la razón por qué don Felipe «favorecía mediatamente la mala causa de Isabel», en los planes que tenía respecto al casamiento de la reina de Inglaterra (2).

Había sido ciertamente desde el principio intento de don Felipe encadenar a Isabel a la política de los Habsburgos por medio de un casamiento favorable y así inducirla a volver atrás de la senda que seguía, de las novedades religiosas; por este camino pacífico esperaba hasta llegar más fácilmente a conseguir su fin que por la guerra y la violencia. Primero ofreció su propia mano a la reina su cuñada. Como Isabel la rehusó, desde Viena fué recomendado como esposo el archiduque Carlos de Austria. A la reina le fueron muy gratos estos ofrecimientos, pues mientras estaba en perspectiva su enlace con un Habsburgo, se creía segura contra la excomunión pontificia. Enseñada por la experiencia de su hermana mayor, estaba resuelta a no casarse con nadie, y esta resolución la había manifestado paladinamente ante el Parlamento. En otra ocasión se expresó ciertamente también en sentido contrario, de suerte que nadie sabía lo que propiamente quería, y la esperanza de sus pretendientes recibía siempre nuevo fomento (3). Fuera de los Habsburgos, otros muchos todavía aspiraban a la

(1) De la Quadra a Felipe II en 25 de julio de 1560, Corresp. de Felipe II, tomo I, 303: El querer V. M. sustentar a esta Reina por la conservación de sus Estados, es causa que la herejía haga raíces en este Reino. Felipe II puso a esto la anotación siguiente de su puño y letra en el margen: Este capítulo es bien mirar.

(2) De la Quadra en 12 de agosto de 1560, en Kervyn de Lettenhove, II, 522.

(3) E. Wertheimer, Negociaciones matrimoniales entre Isabel de Inglaterra y el archiduque Carlos de Austria, 1559-1561: Revista Histórica, XL, nueva serie, IV, 385-432: «Si se considera su proceder durante este negocio del casamiento, muéstrase ella como la misma falsedad», juzga Wertheimer (p. 402). M. Brosch, Planes de casamiento de los Habsburgos con Isabel de Inglaterra: Comunicaciones del Instituto de investigación sobre la historia de Austria, X (1889), 121-134.

mano de Isabel (1). La reina no rechazaba a ninguno formalmente, aceptaba los presentes de todos y utilizaba la amistad de sus galanteadores para los fines de su política. El que más gozaba de su favor, era su vasallo Roberto Dudley. Cuando su esposa murió violentamente, se creyó poco después en la corte que Isabel se había hecho ya casar con él en secreto (2).

Isabel utilizó sus relaciones con Dudley para confirmar de nuevo a don Felipe en su engaño sobre sus sentimientos religiosos. Por enero de 1561 un pariente de Dudley, Enrique Sidney, fué a ver a de la Quadra y le expuso cuán provechoso podía ser al rey de España, si moviese a Isabel a casarse con Dudley. Dijo que éste estaba dispuesto a servir al rey como uno de sus vasallos, que Isabel estaba inclinada a restablecer ahora la religión por mediación del concilio, y que Dudley ayudaría a ello (3); aun por medio de aseveraciones con juramento se procuró vencer las dudas de de la Quadra en este respecto (4). El 13 de febrero el mismo Dudley fué a visitar al embajador español, para ratificar todo cuanto Sidney había prometido (5), y en una ocasión posterior hasta llegó a expresar que él mismo se dirigiría al concilio, si no bastaba un embajador (6). También Isabel hizo ostentación de que tomaba en serio este asunto. En una audiencia del embajador español, dijo entre muchas frases la siguiente: que quería confesarle y comunicarle bajo sigilo de confesión, que no era un ángel y no podía negar que amaba a Dudley, pero que nunca se había resuelto a casarse con él o con otro, aunque cada día veía más la necesidad de hacerlo; que no podía casarse sino con un natural del país; que

(1) Estamos aquí diez o doze embaxadores competidores de Su Magestad, escribe Quadra a Feria, en 29 de octubre de 1559, en Kervyn de Lettenhove, II, 72. En Brown-Bentinck, VII, n. 710, se citan con su nombre doce pretendientes.

(2) Escrito de justificación de de la Quadra, de 30 de abril de 1562, en Kervyn de Lettenhove, III, 17. Sobre el fin de la esposa de Dudley cf. Walter Rhye, The murder of Amy Robsart, London, 1885; Bekker, Isabel y Leicester, 44-77.

(3) De la Quadra a Felipe II en 22 de enero de 1561, Corresp. de Felipe II, tomo I, 312 s.

(4) Con juramentos grandes se esforzaron de persuadirme que la Reina y M. Roberto estaban determinados de restituir la religion por via del Concilio. Ibid., 314.

(5) De la Quadra a Felipe II en 23 de febrero de 1561, ibid., 316 ss.

(6) Me dijo que si no bastaba inviar al Concilio, iria allá él mismo. Corresp. de Felipe II, tomo I, 319.